

Auténticos, medidos, confiables. Prácticas y sentidos de la experiencia obrero en los inicios del peronismo mendocino¹

Mariana Garzón Rogé

INSTITUTO RAVIGNANI (CONICET - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)
ARGENTINA

mariana_garzonroge@yahoo.com.ar

Resumen:

El artículo describe formas en las que se fue modelando el sentido de la experiencia en los inicios del peronismo y reflexiona sobre procesos de identificación que se desplegaron en esos años. Con ese espíritu, se aborda un momento de intensa movilización obrera en Mendoza en ocasión de la huelga vitivinícola de 1946 y los conflictos que algunos gremios entablaron con la CGT regional ante la demora del convenio colectivo. El artículo argumenta que los trabajadores se hicieron peronistas en la experiencia, no como consecuencia transparente de experiencias pasadas. Asistieron, al mismo tiempo, a la elaboración de lo que el peronismo era y contribuyeron a modelar sus aristas identitarias.

Palabras clave: peronismo, prácticas, experiencia, Mendoza

Abstract:

This paper describes ways in which the senses of experience were modeled during the first years of peronism and reflects on the processes of identification that had place in that moment. In that spirit, it addresses a moment of intense labor mobilization in Mendoza during the strike of the workers of wine in 1946 and the conflicts that some union trades and the regional CGT had after that, due to the delay of the collective agreement. The article argues that workers became peronists in the experiences, not as a transparent consequence of past experiences. They assisted, at the same time, to the construction of what peronism was and they contributed to shape its identity edges.

Keywords: peronism, practices, experience, Mendoza

Es frecuente que las investigaciones acudan a la noción de *experiencia* para tornar inteligible el proceso por el cual los trabajadores argentinos adhirieron al primer peronismo. Esta noción aspira a captar la mirada de los actores sobre su tiempo y, sobre todo, a subrayar una supuesta recepción positiva de las transformaciones vividas en relación a un estado de cosas anterior (signado por la explotación patronal, la falta de atención estatal, el fraude electoral, la carencia de una ciudadanía plena). No es ésta, por supuesto, una herramienta original al abordaje del primer peronismo. La vocación de “visibilizar” en términos de *experiencias* a sujetos y aspectos poco atendidos contribuye ciertamente a trastocar o matizar imágenes del pasado dominantes o “incompletas” de la historiografía en un amplio espectro temporal y temático. La historia desde abajo, la historia de las mujeres, la historia del interior del país, la historia de las derechas... la lista está siempre en expansión. Los silencios son constitutivos de las narrativas sobre el pasado y son inevitables, aunque gracias al esfuerzo de los emprendimientos académicos y al paso del tiempo los panoramas completamente desolados suelen ir extinguiéndose.

No es evidente lo que se puede atrapar en las nobles rutas de la *experiencia*. Hacer “visibles” ciertas experiencias del pasado tiene la virtud, en principio, de poner al descubierto una no-visibility precedente, una represión. Sin embargo, ese espíritu no supone necesariamente comprender según qué fundamentos son/fueron moldeadas las experiencias, ni de qué modo contribuyen/contribuyeron a forjar determinadas identificaciones. Es más, invocar “experiencias” puede implicar correr el riesgo de esencializar lo vivido por los actores del pasado según los prismas contemporáneos del/la historiador/a. ¿Qué es lo que cuenta como experiencia para los actores en distintos espacios y tiempos históricos? ¿Cómo seleccionan, nombran y dan sentido a lo que viven? ¿Cómo labran ideas compartidas acerca de lo que es significativo y de lo que no lo es? ¿Cómo perciben las prácticas propias y las de quienes construyen como sus “otros”? En definitiva, ¿cómo desembocan las experiencias en identificaciones específicas? Nada menos evidente.

Estos interrogantes conceptuales pueden ser de utilidad para merodear muy diversas zonas de la historiografía y lo es, ciertamente, para punzar aún más en uno de los tópicos más visitados de la Argentina del siglo XX: los orígenes de la relación entre el peronismo y los trabajadores. La temprana hipótesis en clave de manipulación fue descartada por su propia descendencia quien enarbó la idea del interés obrero en la apuesta de 1945 y que luego tornó más sofisticada la interpretación cuando agregó el ingrediente del reconocimiento político. El trabajo de Daniel James vino a alterar la grilla que variaba entre las formas de la autonomía y las de la heteronomía afirmando que, en los orígenes, había habido “*un proceso de interacción en dos direcciones*” en el que clase trabajadora y peronismo se habían constituido mutuamente (James, 2005). Aquella se había visto interpelada por éste y éste había tatuado

en sus genes el origen plebeyo de la adhesión primigenia. Ahora bien, ¿cómo se constituyeron las subjetividades peronistas? ¿Cómo se hicieron peronistas los trabajadores en ese momento? Omar Acha encuentra en James una especie de *caja negra* a la hora de comprender la relación entre experiencias e identificaciones.² Según el historiador inglés, una *estructura de sentimientos* ya presente en el mundo de los trabajadores habría sido captada por Perón y volcada en una nueva identificación política. Cómo se produjo ese vuelco y de qué maneras impactó en los rasgos del peronismo en gestación es algo de lo cual, sin embargo, todavía poco se conoce.

Atendiendo a esas consideraciones y al amparo de los debates conceptuales en torno a la experiencia histórica, resulta de interés volver a interrogar los modos en los que los trabajadores dieron sentido a sus prácticas en los orígenes del peronismo y así tratar de captar con nuevas luces cómo se produjo el nada evidente proceso identificatorio en cuestión. Para ello, este artículo describe (no según la lógica del fichero exhaustivo sino, más bien, según un estilo de pinceladas) algunas formas en las que se fue esculpiendo el sentido de la experiencia social a medida que los trabajadores se iban arrimando, en la práctica, al peronismo y algunas de las maneras en las que esa creciente proximidad fue transformándolos. Se indaga para ello en un proceso breve y muy intenso de movilización obrera en la provincia de Mendoza en los comienzos del gobierno. La pequeña historia de una huelga vitivinícola en agosto de 1946 y sus periplos son la microescena desde la que se focalizarán las dramáticas mayores que se han bocetado en esta introducción.

ESTILOS PERFORMATIVOS DESPLEGADOS DURANTE UNA MOVILIZACIÓN OBRERA

El año 1946 fue un año de gran movilización y conflictividad obrera en todo el país (Doyon, 2006). Los gremios mendocinos persistían fragmentados en diversas federaciones intersindicales y, a los tironeos de distintas voluntades de dirección, se había sumado el interés del novel gobierno por reunirlos bajo su égida en una CGT vernácula que presionaba sin demasiada fuerza (Garzón Rogé, 2010a). Más allá de esos obstáculos, las oportunidades de protesta parecían estar a la mano y el horizonte de obtener buenos resultados no se mostraba lejano. En ese contexto, la necesidad de mejoras en el sector vitivinícola se convirtió en un escenario propicio para tramitar varias cuestiones caras al conjunto de los trabajadores organizados en Mendoza. Sindicatos que simpatizaban con el nuevo gobierno y también otros que no lo hacían cifraban en el destino de los obreros de la industria madre de la provincia una ruta decisiva. Había allí una idea, que tenía su tiempo de maduración en décadas anteriores y en tradiciones precedentes, de que la unidad obrera en ese sector impulsaría la unidad de la dividida clase trabajadora. También había un anhelo

de quienes aspiraban a conducir ese proceso, suponiéndolo una vía segura hacia el liderazgo entre las diversas tendencias internas del movimiento obrero de la provincia. Fuerzas sociales y políticas pugnaban entonces por quedarse con los eventuales frutos de esa movilización pero, como suele suceder, en los resultados se imprimió más un sedimento de aquellas disputas que un mapa de vencedores y vencidos.

El gremio vitivinícola tenía en Mendoza una trayectoria signada por la dispersión y la fragmentación (Garzón Rogé, 2011). Si bien se conoce la existencia de sociedades de fomento de toneleros desde el centenario y la relativa fuerza de ciertos sindicatos de obreros de bodega en algunos departamentos durante los años treinta, no cabe duda de que la primera vez que se vislumbró una posibilidad certera de crear una entidad común fue durante el primer peronismo, momento en el que el gremio terminó por proyectarse al plano nacional a través de la formación de una federación. Algunos núcleos en contacto con los partidos de izquierda provinciales, como los trabajadores de la bodega Arizu en Godoy Cruz filiados a la Federación Obrera de la Alimentación, se habían opuesto al régimen militar instalado en 1943 y habían sido víctimas de la represión estatal. El gobierno castrense, con su política de creación de sindicatos paralelos durante el trienio que permaneció en el poder, no había logrado aglutinar a los trabajadores del sector. Prueba de ello fue que no participaron activamente de las movilizaciones obreras que tuvieron lugar entre 1945 y 1946 y que su núcleo más activo continuó siendo parte de la muy cautelosa Sociedad de Empleados de Comercio de Mendoza (que tenía una sección de obreros de bodega). Fue una vez concluida la medida de fuerza que se examinará en este artículo, apoyada y alentada por la gran mayoría de los sindicatos locales, que el disperso gremio del vino inició un definitivo proceso de unificación. Se formó entonces la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria Vitivinícola y Afines (FATIVA) que en febrero de 1948 se convertiría en la Federación de Obreros y Empleados Vitivinícolas Argentinos (FOEVA).

Luego de la vendimia de 1946 un grupo de trabajadores confeccionó un petitorio de mejoras para su sector y lo elevó a la patronal vitivinícola. Los empresarios, citados por el delegado de Trabajo y Previsión de la provincia en julio, adujeron que no habían tenido tiempo para considerarlo porque se hallaban compenetrados en el problema de la fijación de precios del vino que el gobierno estudiaba. Hasta que no se conocieran cuáles iban a ser los importes máximos de la bebida y las utilidades de la industria, argüían, no era posible dar una respuesta a las demandas obreras. Las razones eran radicadas, de este modo, fuera de su voluntad, en la “Campaña de los 60 días pro abaratamiento de la vida” que había lanzado el gobierno.

El plazo irrevocable del 10 de agosto para firmar un comparendo estipulado por el funcionario de trabajo Félix Moreno fue ignorado por los industriales.

Un acto obrero convocado para el día siguiente en el teatro Gran Rex, entonces, decidió el inicio de la huelga. En aquel encuentro estuvieron presentes no sólo los trabajadores del vino, sino también representantes de otros gremios y de las centrales obreras que cohabitaban en Mendoza.³ Mientras Esteban Aguirre (dirigente de la subcomisión de bodegas de la Sociedad de Empleados de Comercio) informaba a los assembleístas sobre las gestiones realizadas, ingresó en el teatro el delegado regional de la STyP. Según consignó la prensa, los trabajadores lo aplaudieron y le pidieron la palabra. Moreno expresó que debía “*terminarse definitivamente el sistema de explotación ‘del hombre por el hombre’*” y que su repartición estaba dispuesta a hacer cumplir estrictamente la legislación que tutelaba los derechos obreros. Después de un rato se retiró del lugar señalando que no quería aparecer ante la opinión pública como “*comprometiendo su imparcialidad de funcionario a favor de los obreros, a quienes dejaba en completa libertad para deliberar y resolver*”.⁴ Su impresión, manifestó al despedirse, era que el conflicto se resolvería favorablemente a los trabajadores y se marchó aplaudido por la concurrencia. Algún pasquín provincial señaló luego que “*esto no es ser imparcial, ni tampoco no aparecer comprometido con los obreros. Esto es darle una manito desde la función pública y echarle carbón a la huelga*”.⁵

Más allá de la alentadora presencia del funcionario, en el mitín los trabajadores manifestaron su preocupación ante un asunto tematizado por la patronal: cómo podía evaluar el gobierno la naturaleza del reclamo. Solicitar mejoras en el momento en el que se intentaba controlar los precios del vino podía ser leído como una manera de contrariar el impulso oficial, como una maniobra política antigubernamental. El principal orador obrero del acto alentó por eso a rechazar enérgicamente “*la imputación solapada de constituir un factor de perturbación y la intención de colocarnos enfrentados con las autoridades públicas*”. Y en la declaración final se llamó a:

1° Repudiar la forma y el contenido de la nota-acta labrada por la delegación del Centro de Bodegueros [...] por revestir la misma un carácter descortés y provocativo al pretender enfrentar a la clase obrera con el gobierno utilizando para ello la campaña de los 60 días.

2° Declarar que nos negamos rotundamente a servir de instrumentos para elevar aún más los exorbitantes precios del vino como lo pretenden e insinúan en su presentación. Sostener que es posible rebajar el precio del vino sin crear ningún problema fundamental a la industria vitivinícola.⁶

La operación semántica temida por los trabajadores (que sus reclamos se tornaran “*excesivos*”, “*enfrentados*” al interés oficial, “*movidos por agitadores a sueldo*”) no provenía de la STyP sino de la patronal y del flamante Poder Ejecutivo provincial. “*En vez de encontrar un espíritu accesible en el señor go-*

bernador, la comisión peticionante escuchó con asombro la acusación de que el conflicto de empleados y obreros vitivinícolas se trataba de un movimiento político". Así recapitulaba lo conversado con el gobernador Faustino Picallo ante una asamblea de su gremio Aurelio Fernández, secretario general de los gráficos mendocinos. En torno a esa imputación, comentaba que él mismo le había explicado

[...] el error del mandatario, poniendo como ejemplo de legalidad y justicia del movimiento huelguista el hecho de haberlo declarado justo tanto la Delegación Regional de Trabajo y Previsión como asimismo la Cámara de Diputados de nuestra Provincia y sobre todo que el sindicato que él representaba, en sus 40 años de amplia trayectoria, jamás se había embanderado en política, como era de público conocimiento.⁷

Las disputas internas desatadas plenamente luego de las elecciones de febrero entre el ala renovadora y el ala laborista del peronismo iban marcando las cartas de un conflicto más extendido que afectaba también el panorama de la huelga. El delegado Moreno (agente oficial que dependía del gobierno nacional) iba construyendo su figura (y siendo construido) como defensor de los decepcionados laboristas y, con ello, enfrentándose al gobernador de rai-gambre radical renovadora Picallo. El primero se mostraba inclinado hacia las demandas obreras: advirtió a los empresarios que si no daban respuesta inmediata iba a declarar la legalidad de la medida de fuerza.⁸ A pesar de ello, muy poco después, la oficina nacional de la STyP informó que iba a tomar las riendas de las negociaciones, marginando del conflicto con poco disimulo al popular delegado regional.

La oficina nacional convocó a Buenos Aires a una comisión formada por seis trabajadores quienes, en compañía de Juan Curto –antiguo dirigente de la Federación Obrera Provincial Mendocina y ahora secretario gremial de la oficina laboral–, dialogarían con el inspector nacional de delegaciones regionales. Mientras tanto, solicitaba la suspensión de la huelga hasta que se realizara el estudio de los precios de la industria y se determinara el monto en el que podrían elevarse los salarios.

El pleito del peronismo mendocino se tatuaba en el conflicto social, aunque no se anunciara públicamente. Ello tenía el efecto de que muchos trabajadores y dirigentes ingresaran en *terreno peronista* para comprender lo que estaba pasando y las posibilidades de acción que tenían. ¿Cómo enterarse de las rutas que podía tomar el conflicto sin estar al tanto de las internas peronistas que lo atravesaban y se mostraban decisivas en su resolución? Acatando la orden nacional de tomar distancia del conflicto, Moreno continuó de todos modos dando señales de confianza a los trabajadores. Por ejemplo, advertía en la prensa contra despidos injustificados que se estaban constatando en

ciertos gremios y realimentaba la narrativa obrera de que se quería mostrar enemistados a los trabajadores con el gobierno peronista. Declaraba que iba a realizar “*las inspecciones necesarias para comprobar si tales suspensiones no obedecen a un plan para colocar a la clase trabajadora frente al gobierno, como sería el de crear un ambiente de falta de trabajo*”.⁹ Participaba además de reuniones obreras, aunque la prensa no consigna que haya vuelto a manifestarse como orador en ellas.

Los trabajadores enviaron los delegados que el poder central había solicitado a la Capital Federal, pero también convocaron a un nuevo mitín público en el que volvieron a denunciar que la estrategia de la patronal consistía en enfrentar a los trabajadores con el gobierno para romper el movimiento de unidad que se estaba forjando en Mendoza. Si los empresarios fracasaban en ese propósito, aseveraban, iban a usarlo como pretexto para aumentar el precio del vino. Al acto invitaron especialmente al vicegobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo, a los ministros, a los presidentes de bloque legislativo de todos los partidos políticos y al delegado regional de la STyP. Tabanera, el vice, no asistió esgrimiendo que debía presidir la ceremonia del 17 de agosto; mientras que Moreno sí se hizo presente.¹⁰ Una vez más se puede advertir de qué modo la interna de los peronistas en Mendoza tocaba a una huelga que excedía en mucho a núcleos laboriosos simpatizantes del gobierno. La invitación generalizada al mitín público, por otra parte, se proponía elaborar una confiabilidad en relación al conflicto: mostrarlos honrados, sin nada que ocultar, convencidos de que sus reivindicaciones eran justas y defendibles ante cualquiera que quisiera escucharlas.

Un minuto de silencio en honor al general José de San Martín en el día del aniversario de su muerte, una bandera argentina de cincuenta metros de largo desplegada al costado de la muchedumbre, un acuerdo con la policía para trasladarse a la plaza que llevaba el nombre del prócer para presenciar el acto oficial, eran gestos que cobraban sentidos específicos para esos trabajadores que advertían que estaban en un momento propicio para conquistar ciertos reclamos.¹¹ Los dirigentes intentaban mostrar compromiso con los símbolos de la patria, orgullosos de ser parte de ella, a la vez que reclamaban un lugar más justo en su seno. No es que estuvieran manipulando sencillamente los rituales de la nacionalidad para obtener beneficios inmediatos. Los gestos legitimaban pragmáticamente las reivindicaciones, traducían sus intereses particulares a un registro mayor y contribuían a confrontar con la acusación de que estaban motivados por intereses oscuros y antinacionales. Podría decirse que trataban de neutralizar lo que el conflicto en marcha pudiera exhibir de político. De esos ejercicios, los trabajadores no salían idénticos a sí mismos: cimentaban formas de la demanda buena, rubricaban públicamente separaciones entre lo social y lo político, desmentían acusaciones y prejuicios validando interlocuciones e imágenes que debían consentir a nivel discursivo en el mismo movimien-

to como condenables. Parte del mismo trance era aceptar la mediación de la CGT regional Mendoza en el conflicto, hasta entonces una entidad poco aceptada por los gremios locales, y dar muestras de interés en reunir a los trabajadores en torno a ella. A este asunto se volverá más adelante.

La performance de la movilización de auténticos, medrados y confiables trabajadores se ejercitaba también al destacar de manera permanente en declaraciones y comunicados que la medida de fuerza se llevaba a cabo “*en un ambiente tranquilo pero lleno de entusiasmo, dando la nota simpática la movilización de cientos y cientos de empleadas y obreras*”.¹² Estas expresiones no estaban destinadas a embellecer las jornadas de protesta y dar aliento a sus participantes, eran más que nada una respuesta a rumores que presentaban a los trabajadores como violentos, excesivos, amenazantes. En algunas bodegas se habían producido destrozos, según pregonaban los patrones, con piedras y palos y también pleitos entre huelguistas y trabajadores que querían “*retornar a sus labores*”. Los empresarios exigían a través de la prensa “*garantías de que sea mantenido el orden y se protejan las personas y los bienes amenazados por la actitud agresiva de los huelguistas y la falta de control policial*”.¹³ Los rumores sobre episodios de violencia y sobre la presencia de grupos armados en establecimientos se incrementaban en relación a sitios del interior de la provincia.¹⁴ El Comité de Huelga retrucaba que:

La marcha del movimiento sigue en perfecto orden en todo el territorio de la provincia, salvo en casos excepcionales en que la maniobra patronal pagando a elementos perturbadores del orden han querido crear un clima de violencia, lo que ha sido contrarrestado con la gran organización y completa comprensión de todos los trabajadores de la industria.¹⁵

A una semana de iniciado el conflicto los trabajadores vitivinícolas soste-
nían que la patronal había dado nítidas muestras de sus pretensiones de

a) Romper el movimiento; b) Enfrentarnos y utilizarnos en una posición en contra del Gobierno para la elevación aún más en los precios del vino; c) Distanciamos de la Secretaría de Trabajo y Previsión, en la que hemos depositado nuestra confianza.¹⁶

Pedían garantías a la STyP para levantar la huelga y poder empezar las negociaciones. La oficina nacional se comunicó con los representantes obreros para informarles que las tendrían. Sin embargo, la comitiva obrera que había viajado a Buenos Aires en respuesta a la convocatoria oficial todavía no regresaba y ello era fuente de temor para los trabajadores de la provincia que se propusieron continuar con la medida hasta tener una constancia fehaciente que certificara lo pactado. En ese recorrido (pedido obrero de garantías para

levantar la medida –promesa de garantías de parte del gobierno– rechazo asambleario a confiar en la promesa hasta que no hubiera respuestas concretas) se pusieron de manifiesto tensiones despertadas en el seno de la bases obreras y, de algún modo, también se hizo ostensible que los buenos gestos discursivos hacia el gobierno eran más fruto de un empeño por conseguir cosas que transparente apuesta en su favor. En tal instancia, ante el rechazo de los trabajadores, la huelga fue declarada ilegal.

El gremio vitivinícola, apoyado por 41 sindicatos de la provincia que habían manifestado su apoyo a la protesta y expresado la posibilidad de ir a la huelga general en caso de que se requiriera, ante la declaración de ilegalidad propuso una clave de lectura fundada en la distancia, en las mediaciones. Manifestó que la patronal había sorprendido “*en su buena fe*” al secretario de Trabajo y Previsión José María Freyre pues “*por estar a 1.000 km de esta ciudad, no conoce a ciencia cierta la verdadera marcha del movimiento*”.¹⁷ No decían ‘Freyre (o Perón) está equivocado’ o ‘está apostando por la patronal’, decían ‘Freyre no sabe lo que está sucediendo, porque si lo supiera no estaría dando las instrucciones que da’. Seguramente no creían que el funcionario hubiera sido engañado. Se trataba de un estilo de la insatisfacción, de una manera conveniente de expresar la disidencia sin poner en duda aquella identificación que cuidadosamente habían labrado con la oficina nacional y con el gobierno de Perón.

La actitud oficial, a esa altura de cosas, no era sorpresiva. Ya había sido insinuada en la orden que le dio a Félix Moreno, encolumnado con las reivindicaciones obreras, de que abandonara el asunto en manos de la repartición nacional y se corriera del centro de la escena del conflicto. No le interesaba a esa agencia estatal la movilización, aunque le interesaba que el gremio vitivinícola terminara por organizarse bajo su tutela: quería tres delegados, los quería en Buenos Aires, lejos de las bases y las dinámicas asamblearias. Eso ya se sabía. Nada pasaba inadvertido a las dirigencias sindicales, pero eran las nuevas reglas de un juego complejo, de final verdaderamente incierto, en donde existía una relación particular con cada funcionario. El estado no era una cosa abstracta, estaba habitado por un gobierno que se mostraba cruzado por tirantes fuerzas internas y en búsqueda de resolver sus conflictos intestinos. Por eso mismo, las apuestas y las pragmáticas se manejaban a tientas. La inexistencia de núcleo dirigencial bien definido en el sector obrero que sostenía la medida de fuerza fortalecía ese carácter provisorio de las maniobras frente a la situación que se había planteado.

La declaración en relación a Freyre debía ser tomada como una timorata advertencia: ‘si no había sido sorprendido en su buena fe y estaba cediendo ante la patronal’ debía saber que la confianza de los trabajadores mendocinos estaba supeditada a los resultados. La reacción obrera ante el anuncio de que la huelga había sido declarada ilegal continuaba, con todo, apostando

por persuadir sobre “una equivocación” en la cual resultaban injustamente perjudicados:

El conflicto no obstante la provocación patronal, sus amenazas, la compra de elementos ajenos al gremio, para trabajar y así caldear los ánimos para provocar la intervención policial, ha sido rechazada con toda valentía pero con serenidad. Nuestro movimiento, donde intervienen cientos y cientos de valientes mujeres, es completamente pacífico. Por todo ello es que nos dirigimos a la clase trabajadora, a la opinión sana del pueblo, a la Honorable Cámara de Diputados y a su Excelentísimo el señor vicegobrador en ejercicio del Poder Ejecutivo, para que tomen inmediatamente cartas en el asunto, pues en ello va la tranquilidad y bienestar de 20.000 familias, y la obtención de sus justas reivindicaciones, tan cruda y provocativamente negadas por la patronal, que ha sido denunciada por la Federación de Sindicatos Unidos, por el Honorable Senado de la Nación y es conocido por todo el pueblo, sus enormes ganancias, su resistencia y sabotaje a la campaña de los 60 días. [...] La comisión mixta provincial, declara que no reaccionará en contra de la Secretaría de Trabajo y Previsión, pues tiene confianza [en] que aclarada debidamente esta situación ha de ponerse, como han sido los deseos y el espíritu de su creador el Excelentísimo señor presidente de la República, general de brigada don Juan Domingo Perón, al servicio del pueblo trabajador.¹⁸

Este fragmento de declaración puede acercarnos a lo que los trabajadores creían que eran maneras efectivas/adecuadas de reclamar, protestar y persuadir. Esas maneras son históricas, no son transparentes para el análisis. No reaccionarían “en contra de la STyP” amparados en la idea de que a esa entidad sólo le hacía falta “entender debidamente esta situación” y seguir “los deseos de Perón”. Es posible atender allí a un solapamiento de elementos que se potencian por el mismo solapamiento: un deseo de que así fuera, un enojo mezclado con una sutil amenaza ante la posibilidad de haberse creado falsas expectativas, una incredulidad/impotencia de que habiendo hecho tanto esfuerzo para mostrarse confiables y medidos se declarara ilegal a la masiva huelga que recién empezaba. Pero lo más importante en este punto del análisis es remarcar que no había una confrontación final, un desafío abierto, una indignación profunda manifestada. Había más bien una promesa viva, algo que todavía se sostenía temblorosamente. Y si se sostenía era porque, en alguna medida, los trabajadores encontraban razones para sostenerla.

El delegado de trabajo Félix Moreno envió copias de la declaración de ilegalidad de la huelga vitivinícola a la Federación de Sindicatos Unidos Obreros, a la Sociedad de Empleados de Comercio, a la CGT de Mendoza y a la Agrupación Gremial Argentina. Apostaba por convencer a los huelguistas de que desistieran de su actitud irreductible con el siguiente razonamiento:

*“Es bien notorio que la industria y el comercio no aceptó nunca en su gran mayoría el decreto 33.302/45, pero que la secretaría por sus medios legales, lo hace cumplir, habiendo sido muy problemática la aplicación si hubiese estado supeditado a la aceptación previa de los patrones”.*¹⁹ El Estado y no la patronal, en otras palabras, era el garante de las conquistas en el gobierno peronista. Los trabajadores debían comprender cabalmente, suponía Moreno, este cambio que se había producido en la Argentina. Pero nada de ello era tan evidente para los obreros del vino y para los gremios que se habían sumado a la protesta, sólo una vez que hubieron vuelto al pago los delegados que habían sido enviados a Buenos Aires, una asamblea de 5.000 asistentes definió el fin de la huelga vitivinícola.²⁰

PRÁCTICAS, SIGNIFICACIONES Y PROMESAS COMPARTIDAS

Una forma de no demostrar hostilidad al gobierno y de, por el contrario, posicionarse como auténticos, mesurados y confiables trabajadores fue evitar un mal vínculo con la CGT regional Mendoza durante el tiempo que duró el conflicto huelguístico. El asunto se sufría con especial resignación entre algunos núcleos de trabajadores que no veían con buenos ojos la estrecha cercanía que se iba estableciendo entre ciertas organizaciones obreras y el gobierno. Entre ellos estaban los dirigentes formados en la tradición del sindicalismo prescindente y los vinculados a la izquierda provincial. Pero también se trataba de un trago amargo para organizaciones obreras que desde 1944 se habían aproximado al coronel Perón en la provincia (por ejemplo, la Federación de Sindicatos Unidos Obreros que había liderado la formación del Partido Laborista en Mendoza (Garzón Rogé, 2010b)) elaborando sus propios sitios en el concierto de las fuerzas peronistas locales como para tener que cederlas tan prestamente ante las presiones de la CGT. Pero, en el contexto de la huelga vitivinícola, mostrar apertura hacia la CGT era tal vez la única actitud que se podía adoptar, sin aparecer como poniendo en riesgo el éxito de los reclamos obreros en juego.²¹ Esto se hizo especialmente claro para los trabajadores del sector cuando la resolución de la huelga se radicó en Buenos Aires, maniobra que tornaba muy apetecible la línea directa hacia el poder ejecutivo nacional de la cual gozaba la CGT.

La CGT mendocina estaba encabezada por los ferroviarios. La implantación territorial nacional de este sindicato, su fortaleza como gremio histórico y el hecho de que fuera, durante décadas, ámbito de legislación laboral federal eran factores que habían signado su distancia con el resto de las asociaciones mendocinas.²² El comportamiento de la central en el conflicto vitivinícola fue criticado. Los gráficos, de tradición sindicalista, por ejemplo, comentaron en una reunión interna que en el momento en el que la STyP pidió poner

fin al paro aparecieron *“elementos de la CGT aconsejando el levantamiento de huelga y ofreciendo su mediación para solucionar el conflicto”*. Hubo reparos colectivos, comentaban, por el antecedente que existía de un conflicto panadero en el que se había alentado a que se levantara el estado de huelga y ya hacía diez meses que los trabajadores seguían sin respuesta. Sin embargo, decía un dirigente gráfico, los reparos no habían servido de nada porque *“el movimiento huelguista de los empleados y obreros vitivinícolas desgraciadamente había sido arrastrado por la CGT”* y si usaban *“la palabra ‘desgraciadamente’ [era] porque de no haber mediado el manotazo de la CGT con seguridad de este movimiento hubiera salido la unidad ansiada de toda la clase trabajadora de Mendoza”*. Habían quedado demostradas, decía el viejo sindicalista Tomás González, *“una vez más las maniobras de la CGT en los medios solapados de que se vale para cosechar gremios incautos para su Central”*. Esto, a su entender, tenía que *“brindar a la masa proletaria la experiencia clara y el recto camino para llegar a la unión indestructible de la clase obrera de Mendoza”*.²³

Esta CGT mendocina de agosto de 1946 que era contemplada por algunos sindicalistas de larga trayectoria como una central nociva para la organización y la democracia interna del movimiento obrero local, no era la CGT que adoptó la doctrina justicialista ni aquella que oficiaba como dependencia gubernamental. Era la CGT conflictuada por la disolución del laborismo en mayo de 1946 y que se hallaba en vísperas a consagrar al telefónico Luis Gay como secretario general, en respuesta a la iniciativa presidencial de colocar al mercantil Ángel Borlenghi en la cúpula (Torre, 2006). No ha sido posible indagar con mayor profundidad en el vínculo de la delegación provincial de la CGT Mendoza con su par nacional.²⁴ En todo caso, si la CGT se ‘entrometía’ en la vida gremial de la provincia antes de haber sido ‘domesticada’ por el peronismo, habría que relativizar el peso de Perón en la ‘peronización’ del movimiento obrero y redirigir el foco hacia las mismas prácticas obreras. De ser así, podría cuestionarse la vigencia de una idea largamente cultivada en la historiografía que señala que la CGT habría comenzado a perder autonomía y a actuar en el mundo obrero según los criterios oficiales con la caída de Luis Gay en el verano de 1947. Aunque la CGT de Mendoza en 1946 no puede tomarse como una embajadora sin desfiguraciones de su referente nacional, el caso de su intervención en el conflicto vitivinícola pinta de cuerpo entero que estaba conducida por una dirigencia para la que la autonomía obrera no era un valor especialmente caro y que, por el contrario, maniobraba por sí misma para pegar al movimiento obrero a sus filas y a la aventura peronista.

El convenio colectivo vitivinícola se firmó en los primeros días de 1947, después de que el gremio tuviera que emplazar a los patrones para que eso ocurriera.²⁵ A esa altura de cosas, habían emergido temores e intrigas en torno a las demoradas gestiones oficiales. Lo primero que algunos dirigentes pusie-

ron en tela de juicio fue la intervención de la CGT. La disconformidad vitivinícola se manifestó de modo público a través de un memorial enviado a Luis Gay en el que se denunciaba el comportamiento de la central provincial. Ese memorial expresaba que, durante la huelga de agosto,

[...] componentes de dicha delegación regional, acompañados con funcionarios de la delegación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, pretendieron hacer fracasar el movimiento huelguístico, instando personalmente a nuestros compañeros a desertar del mismo para lo cual en automóvil se recorrió los puestos de lucha procurando conseguir que lo abandonaran.

A pesar de ello, recalcaban los vitivinícolas, “*nuestro gremio no adoptó absolutamente ninguna medida ni siquiera de protesta, es que es más, posteriormente solicitó su afiliación*” a la CGT.²⁶ Cabe preguntarse por qué no habían manifestado sus quejas *sur place*. Claramente había sido parte de una táctica que las dirigencias estaban dispuestas a asumir con tal de que la huelga se resolviera con éxito. ¿Qué razones tenían los dirigentes del vino para manifestar sus reproches a la CGT en esta etapa, cuatro meses después? ¿Era la demora en la confección del convenio lo que los empujaba a emitir la denuncia? El convenio estaba a punto de publicarse y así se hizo, por lo que aquello parece improbable. Los reproches a la CGT tenían de otras motivaciones.

En una asamblea realizada poco antes, en diciembre, el dirigente de la CGT Carlos Martínez había expresado que en el gremio del vino había “intereses políticos”. Les había recriminado el no haberse solidarizado con una declaración de huelga de otros gremios, pasando por alto, decían los acusados, que no podían participar sin poner seriamente en riesgo las negociaciones salariales que se estaban dando en la STyP. Los vitivinícolas exigieron a la CGT nacional que retirara a Martínez de su cargo en la central provincial. Una vez más, en otra esfera, lo local se llevaba a la vida nacional: se acusaba, se pedía mediación, se visibilizaba al “otro mentiroso” que traicionaba.²⁷ No es posible saber si en verdad los trabajadores vitivinícolas creían que Martínez debía ser desplazado para volver unas cosas a su cauce o si, en la denuncia, exhortaban a cambiar un cauce que no reconocían bueno. Pero lo interesante de observar a los fines de este artículo es que tanto quienes permanecían fuera de la CGT como los dirigentes de la CGT comenzaban a participar de dinámicas comunes. Asistieron así a la creación de ciertas modalidades de protesta (nuevas porque antes de 1944 no excedían los límites provinciales) y rubricaron ciertos modos de proceder en vistas a ser reconocidos y tener alguna injerencia en el tipo de autoridad sindical que se estaba construyendo en Mendoza.

Los vitivinícolas expusieron, en aquella denuncia enviada a Luis Gay, una idea relativa a cómo debía ser el vínculo entre política y sindicalismo. Vale la pena citarlo *in extenso* con el propósito de atender a la construcción de los fundamentos que fueron dando sentido a la experiencia obrera:

Entendemos que dentro de los gremios deben ampararse los trabajadores por su calidad de tal y no por su ideología política, porque de lo contrario tendríamos que hacer cuestiones raciales, que no llegarían a formar una fuerza auténtica de los gremios; dentro de nuestro gremio los hay de todas las ideologías políticas existentes punto éste que no podemos entrar a discutir ya que si fuera por hacer cargos debemos empezar por el compañero Martínez, que ha actuado desde el año 1930 en calidad de legionario del funesto gobierno desplazado por el movimiento revolucionario del 4 de junio de 1943, y posteriormente secretario privado del dirigente demócrata nacional Suárez Lago; ignoramos y no nos preocupa su ideología actual por entender que son cuestiones personales, que en ningún momento deben preocupar a los gremios, cuando dentro de estos últimos se haga con un sentido verdaderamente gremialista, que debe ser la afiliación de todo trabajador argentino, porque de lo contrario no habremos llenado nuestra verdadera misión específica, como componente de la clase trabajadora en procura de sus mejoras sociales.²⁸

La prescindencia política no pasaba, decían los dirigentes vitivinícolas en esta oportunidad, por erradicar la política de la vida de los trabajadores. Se trataba de que la ideología, lo que cada uno defendiera en su vida “personal”, no impactara (es decir, no impactara negativamente) al momento de “procurar mejoras sociales”. La prescindencia política no era una estrategia para que los trabajadores no se vincularan a corrientes políticas determinadas, sino una forma deseable de la convivencia para poder reunir a trabajadores que pensaban distinto pero que en el plano social debían superar las diferencias para poder mejorar sus condiciones. Con esta respuesta, a pesar de que rechazaban tíbiamente la idea de que había “motivaciones políticas” operando en sus comportamientos gremiales, los trabajadores del vino reconocían la pluralidad de tendencias políticas que existía en su seno. Según ellos, la adscripción ideológica de los integrantes de los sindicatos no era preocupante. Afirmaban una división entre la vida privada y la vida pública, un río entre lo social y lo político, se apropiaban de clasificaciones con las que su propia experiencia popular era caracterizada desde arriba para devolverlas como proyectiles inversos. Sin embargo, y he aquí un punto de fuga en la denuncia, los vitivinícolas dijeron que si había que levantar cargos contra alguien por sus inclinaciones políticas el primero debería ser Martínez, quien había actuado cerca del dirigente demócrata nacional Gilberto Suárez Lago en el período anterior a 1943.²⁹ No les interesaban las procedencias de los dirigentes gremiales hasta que ésta les interesó lo suficiente como para mencionársela al pasar al secretario nacional de la CGT. En cierta forma los trabajadores vitivinícolas hacían suya la herramienta con la que se los atacaba: “aquí hay quienes hacen política y entorpecen así las luchas gremiales y no somos justamente nosotros sino los que nos acusan de ello”. Este tipo de lenguajes ejercitados durante los

años peronistas contribuía a legitimar una ecuación semántica que se afincaría largamente, aquella ecuación en la cual las acusaciones cruzadas se hacían en términos de “estar haciendo política”. Es sugestivo pensar cómo ese tipo de reacciones iba transformando y modelando a su vez el *ethos* de los trabajadores: tener un credo político no era en principio una falta, aunque dependía del credo político del que se tratara y de la conveniencia coyuntural de los demás de construirlo como una falta.

La CGT de Mendoza intentó desmentir las acusaciones de los vitivinícolas en relación a su comportamiento durante la huelga de agosto. Explicó que sólo había bregado por el levantamiento de la medida de fuerza a los fines de que se pudieran considerar los reclamos en las reparticiones oficiales y, como prenda de verdad de ello, hacía pública una nota del dirigente del comercio Esteban Aguirre, en la cual éste le agradecía “*la colaboración de la CGT en procura de la unificación de los obreros vitivinícolas*”. Finalmente, la central defendió a Martínez y les pidió a los sindicatos de la madera, vitivinícola, del comercio y de la fábrica de conservas Arcanco que relevaran a sus delegados “*por considerar que han falseado ante los sindicatos que representan la realidad de lo ocurrido en la asambleas plenarias de la Confederación, ocultando a las mesas directivas de los mismos las resoluciones que se tomaban*”.³⁰ Una vez más, se trababa el argumento del malentendido, “han falseado la realidad de lo ocurrido”. No se debatían abiertamente las diferencias, a saber que unos estaban a favor del gobierno peronista y que otros no lo estaban, sea por cuestiones ideológicas o por prácticas que se llevaban mal con una tradición de movilización más horizontal e inorgánica. El disimulo (decir algo para decir otra cosa) tenía que ver con la dimensión pública de las denuncias. No creían conveniente enemistarse con ciertas figuras del escenario sociopolítico (funcionarios nacionales, oficinas del estado, la CGT conducida por Gay) pero no debería derivarse de ello que se acomodaran acríticamente a cualquier situación.

Los cuidados discursivos eran mucho más que modales de la confrontación o piezas de la retórica peronista que se iba aceitando. Permiten sospechar que si los trabajadores elaboraban activamente sus pronunciamientos era porque concebían su marco de enunciación como un marco en el que las promesas oficiales, con sus demoras, vaivenes y triquiñuelas desde 1944, se iban cumpliendo.³¹ Con esta situación cooperaba la existencia de autoridades múltiples con injerencias variadas y capacidades específicas de interceder en vistas a convertir un reclamo en una conquista. En el horizonte, las ideas acerca de cómo era Perón y de cómo era el peronismo se iban construyendo a la vez que iban siendo efectivamente producidas. No por engaños o dádivas, sino por un conjunto de prácticas que se ejercitaban de manera cada vez más difundida en donde había que demandar desde adentro y en ciertos términos. Esas prácticas se iban, al mismo tiempo, subjetivando.

REFLEXIONES FINALES

¿Cómo darle historicidad a la experiencia? ¿Cómo escribir acerca de la identidad sin esencializarla? La historiadora Joan Scott hace más de veinte años señalaba que una respuesta a la primera pregunta tenía que apuntar a responder a la segunda porque la identidad está siempre atada a experiencias que no deberían ser tomadas por evidentes sino pensadas como labradas de modos significativos (Scott, 1991). La experiencia no ocurre fuera de los significados que se le atribuyen ni está confinada a un tipo específico de significados, son los actores quienes semantizan lo que viven y van sedimentando subjetividades en la práctica.³² Es en esta misma dirección en la que se ha tratado de abordar el caso de los trabajadores mendocinos durante la segunda mitad de 1946.

Una fracción mayoritaria de los trabajadores argentinos se identificó tempranamente con el peronismo y lo hizo por razones muy diversas y complejas a las que no es conveniente imponerles una grilla explicativa del talante estímulo-respuesta. La nueva actitud estatal frente a las relaciones laborales, la apertura de espacios de poder y reconocimiento al mundo obrero fueron, sin duda, hitos insoslayables de ese proceso pero la interpretación queda trunca si es esbozada en términos apriorísticos (primero fue la actitud del peronismo y luego las experiencias obreras frente a ella). Fue antes de que el petitorio de mejoras haya sido aceptado por la patronal vitivinícola que los trabajadores del sector habían ido labrando los sentidos de una experiencia social que los conduciría hacia terreno peronista. En cierto sentido hubo, como apuntó James, un proceso de constitución mutua entre Perón y los trabajadores. Sin embargo, esa constitución mutua no se basó en un encuentro de proyectos y oportunidades sino en los códigos, las convenciones, los acuerdos que se fueron labrando en las prácticas y que se fueron precipitando, en la duración, como identificaciones.³³ Las subjetividades se instituyeron a través de experiencias que no deberían ser pensadas como pruebas observables de un cambio de estado en las condiciones de vida o en el reconocimiento o en cualquier otro sentido, sino como acumulación de actividades significativas de los actores sobre sus contextos.

Los modos de configurar las experiencias de parte de los trabajadores mendocinos durante el conflicto analizado fueron unas entre otras, con todo lo que de particular hubo en ellas: discriminar interlocutores, presentarse como moderados, enunciar el cerco y marcar la distancia, denunciar malinterpretaciones, condenar la injerencia de la política, certificar la distinción entre lo social y lo político, resistir lo máximo posible ante la existencia de una promesa viva, elaborar todo un arsenal de maneras suaves pero amenazantes de protestar y contravenir, por recapitular sólo algunos. El interés de capturarlos y de atender a cómo se fueron fraguando sentidos compartidos en torno a

ellos estuvo en interpretar cómo sedimentaron en términos de identificación peronista. Esos códigos basados en pragmáticas, ensayados en la vida práctica, se fueron haciendo compartidos, se difundieron. ¿Para qué expresar el desacuerdo de modo abierto si podía ser disimulado? ¿Para qué soltar amarras en las negociaciones cuando todavía quedaba un margen para salir airoso sin mostrarse totalmente deferentes? ¿Para qué reivindicar el derecho de hacer política en los gremios si se podía hacer igual y, además, utilizar la acusación en su favor contra otros cuando sirviera a los propios fines? ¿Para qué confrontar con todo el gobierno si se podía atacar a una parte y conservar un buen vínculo con otra? No debería pensarse que estas prácticas tenían que ver con un utilitarismo máximo de los actores, no sólo porque en cada momento los gestos se afincaban como modos propios, se incorporaban a la subjetividad y colaboraban en la construcción real de una identificación política. Además, porque las prácticas ensayadas tenían que ver con la dimensión pública de la conflictividad, con la puesta en escena de los pleitos encarados y, por supuesto, con el estilo flexible en el cual el peronismo (como gobierno) supo ir acobijando a sus variopintos adherentes.

Los trabajadores, podría decirse a modo de cierre, se hicieron peronistas *no por la experiencia, sino en la experiencia*, experiencia que en modo alguno fue evidente en sus contornos. Fue disputada, vivida y significada por los actores y sólo entonces subjetivada como identificación duradera y polisémica.

NOTAS

- ¹ Agradezco los comentarios y críticas que sobre versiones anteriores de este trabajo que realizaron Juan Carlos Torre, Agustín Nieto y evaluadores anónimos de la revista *Travesía*.
- ² El autor intenta en ese texto arrojar algunas luces acerca de cómo se constituyeron las subjetividades peronistas desde el psicoanálisis (Acha, 2012: 168).
- ³ Había delegaciones de madereros, músicos, metalúrgicos, empleados de comercio, transporte de pasajeros, construcción, contratistas de viña, mozos, cocineros. *Los Andes*, 12.08.1946. Estaba representadas la Federación de Sindicatos Unidos Obreros, la Agrupación Gremial Argentina, la Federación Obrera Provincial Mendocina y la CGT.
- ⁴ *Los Andes*, 12.08.1946.
- ⁵ *Crónica*, 16.08.1946.
- ⁶ *Los Andes*, 12.08.1946.
- ⁷ *Acta de la Asamblea General Extraordinaria del Sindicato de Artes Gráficas de Mendoza*, 25.08.1946.
- ⁸ *Los Andes*, 16.08.1946.
- ⁹ *Los Andes*, 17.08.1946.
- ¹⁰ *Los Andes*, 18.08.1946.
- ¹¹ *Los Andes*, 18.08.1946.
- ¹² *Los Andes*, 16.08.1946.
- ¹³ *Los Andes*, 22.08.1946.
- ¹⁴ *Los Andes*, 21.08.1946.
- ¹⁵ *La Libertad*, 20.08.1946.
- ¹⁶ *La Libertad*, 21.08.1946.
- ¹⁷ *Los Andes*, 24.08.1946.
- ¹⁸ *Los Andes*, 24.08.1946.
- ¹⁹ *Los Andes*, 24.08.1946.
- ²⁰ *Los Andes*, 25.08.1946.
- ²¹ Esta actitud no sería similar a la adoptada por los trabajadores tucumanos del azúcar ante el avance de la CGT en 1949. Ellos, organizados desde 1944 y en el corazón del poder local, tenían recursos para disputar la brújula que indicaba hacia dónde se dirigía un movimiento obrero local con fuertes aspiraciones de autonomía sindical. A pesar de ello, el presidente habría utilizado “*la coyuntura para avanzar*” sobre la FOTIA (Gutiérrez y Rubinstein, 2010: 116). El momento

- para dar un combate no era el mismo en 1949 que en 1946 y ni las dimensiones del conflicto ni la capacidad organizativa de los vitivinícolas era comparable con la de los trabajadores de la FOTIA que, incluso entonces, también se vieron frustrados en sus aspiraciones.
- ²² Con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión a fines de 1943, la competencia estatal para intervenir en la relación trabajo-capital pasó (no sin exabruptos ni demoras) al gobierno nacional. Esto redefinió de manera sustancial el mundo obrero del interior en la medida en que terminó con una discusión larga de la cual los trabajadores siempre habían salido perjudicados sobre la jurisdicción de las autoridades federales y provinciales para hacer cumplir la legislación y dictaminar sobre las relaciones laborales. Esa transformación fue mucho más que un cambio institucional ya que implicó también modificaciones medulares en el vínculo de los trabajadores no sólo con los patrones sino con el estado nacional, con los grupos políticos provinciales y las autoridades federales y con los trabajadores en el ámbito nacional (Garzón Rogé, 2014). Los trabajadores ferroviarios que habían permanecido hasta entonces bastante distanciados de las dinámicas y procesos del resto del movimiento obrero provincial (por ser parte de otras lógicas, nacionales) intentaron reinsertarse en el plano doméstico como una élite obrera. Esta actitud no fue siempre bien vista por el resto de los gremios.
- ²³ *Acta de la Asamblea General Extraordinaria del Sindicato de Artes Gráficas de Mendoza*, 25.08.1946.
- ²⁴ Recientemente algunas investigaciones comienzan a poner la mirada específicamente en la vida de la CGT durante el primer peronismo intentando superar la idea ampliamente difundida pero muy poco explorada de que funcionó como un apéndice del estado (Contreras, 2013). La idea plana de que la CGT habría sido una cosa monolítica, entre otras derivaciones, con seguridad cooperó para que diera por sentado que su implantación nacional no supuso conflictos. Valga señalar que las organizaciones de la provincia de Mendoza, como de otras provincias, recién ingresaron en la galaxia de esa central luego de 1950 (Garzón Rogé, 2012a).
- ²⁵ *Los Andes*, 20.01.1947.
- ²⁶ *Los Andes*, 16.01.1947.
- ²⁷ Los pleitos domésticos se llevaban al ámbito nacional en búsqueda de soluciones haciendo un llamado a la intervención central en el plano local. Esto se había tornado frecuente en el seno del Partido Peronista, por ejemplo (Garzón Rogé, 2012b).
- ²⁸ *Los Andes*, 16.01.1947.
- ²⁹ Suárez Lago, dirigente del PDN mendocino con relieve a nivel nacional, se convirtió en Mendoza durante la Revolución de Junio en un verdadero símbolo de la década conservadora y de los “gansos”. Fue puesto bajo la lupa del primer interventor federal que llegó a Mendoza y se exilió en Montevideo.
- ³⁰ *Los Andes*, 27.01.1947. Los vitivinícolas contestaron a la CGT solicitándole que les enviara los estatutos, reprochándole en ese pedido implícitamente que usufructuara una autoridad ilegítima para disponer quién integraba y quién no integraba la

central a la que todos ellos, supuestamente, pertenecían. *Los Andes*, 08.02.1947. Otro motivo de fuerte descontento de muchos gremios locales con la CGT fue que rechazaba la afiliación de sindicatos sin motivaciones explícitas, como el Sindicato de la Construcción. El Centro de Contratistas de Viña y Frutales reclamaba por entonces “*que se incluya en la CGT a las organizaciones obreras que aún no lo están*”. *Los Andes*, 16.01.1947.

- ³¹ Sobre el peronismo como promesa puede consultarse el último trabajo de Silvia Sigal (Sigal, 2008).
- ³² Sobre las derivas del concepto de experiencia puede consultarse el trabajo de Martin Jay (Jay, 2005).
- ³³ Algo que Bernard Lepetit subrayó para otros temas en su introducción a *Las formas de la experiencia* (Lepetit, 1995).

BIBLIOGRAFÍA

- ACHA, Omar (2012): "El peronismo y los desencuentros del psicoanálisis con la investigación histórica". En *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*, Omar Acha y Nicolás Quiroga, 167-179, Rosario, Prohistoria.
- CONTRERAS, Gustavo (2013): "¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: funcionamiento institucional y proyecciones políticas". En O. ACHA y N. QUIROGA (Eds.), *Historia del asociacionismo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros. En prensa.
- DOYON, Louise M. (2006): *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- GARZÓN ROGÉ, Mariana (2010a): "Fragmentación y unidad de las organizaciones obreras mendocinas en 1945", *Quinto Sol*, 14, pp. 125-142.
- (2010b): "¿"Hermosa, optimista y rosada ficción"? La obra del coronel Perón desde la perspectiva de una federación obrera mendocina", *ASET - Estudios del Trabajo*, 39-40, pp. 135-156.
- (2011): "Dispersión, lealtad, pragmatismo: itinerario de la experiencia sindical de los vitivinícolas argentinos". En A. MATEU (Ed.), *Vinos y competitividad agroindustrial. Un largo camino*, Mendoza, INCIHUSA, 279-322.
- (2012a): *La Revolución de Junio y el primer peronismo en Mendoza, 1943-1955*, Tesis doctoral inédita, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- (2012b): "Prácticas políticas en la construcción del Partido Peronista. Mendoza, 1946-1948". *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral XXII*, 42, pp. 91-118.
- (2011): "Las relaciones capital-trabajo en la mira de un Estado provincial. Mendoza, 1916-1946". En M. LOBATO y J. SURIANO (Eds.), *La construcción de las instituciones laborales en Argentina, 1907-1955*, Buenos Aires, Edhasa. En prensa.
- GUTIÉRREZ, Florencia y RUBINSTEIN, Gustavo (2010): "La permanente búsqueda del orden y la unidad. Formación y trayectoria del peronismo tucumano, 1946-1955". En O. AELO (Ed.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, pp. 115-144.
- JAMES, Daniel (2005): *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- JAY, Martin (2005): *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*, California, University of California Press.
- LEPETIT, Bernard (1995): "Histoire des pratiques, pratique de l'histoire". En B. LEPETIT (Ed.), *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*, Paris, Albin Michel, pp. 9-22.

- SCOTT, Joan W. (1991): "The evidence of experience", *Critical Inquiry*, 17 (4), pp. 773-797.
- SIGAL, Silvia (2008): "Del peronismo como promesa", *Desarrollo Económico*, 48, (189190), pp. 269-286.
- TORRE, Juan Carlos (2006): *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, EDUNTREF.